

Ocho, no sólo pan y bizcocho

Rosita tiene ocho años, dos meses, una semana y tres días. Los ocho años son muy importantes. Ocho tenía Pinocho cuando, muy valiente, rescató a su papá de un enorme vientre de ballena. Fue a los ocho que mi perro Mocho murió atorado comiendo un bizcocho. Era un bizcocho tan tieso como una roca, que mi abuela medio loca guardaba debajo de su cama desde hacía tres Navidades.

A los ocho debes saber sumar, restar y hasta multiplicar. Dejas de escribir con lápiz para hacerlo con lapicero; te dan permiso para salir a la calle y, a veces, puedes comprar solito y hacer otras cosas importantes.

Ella va al colegio que queda cerca de su casa, como a unas cinco calles bien largotas como sus botas. Usa botas porque le parecen bonitas y así se siente grande; además, le gusta ponerse falda, y con las botas queda muy bien. Los días de clase no las usa porque va con uniforme. El uniforme tiene una falda con tirantes y es de color gris, tan gris como el cielo de su ciudad en invierno; lleva una camisa blanca, muy blanca; los zapatos son negros; los calcetines, grises y la chompa también.

«Todos grises», piensa ella, «¿por qué no naranjas o verdes, o violetas?»; debe de ser porque el gris no es ni blanco ni

negro, sino los dos, el color donde el blanco y el negro se juntan, donde de tan separados que están se vuelven hermanitos». «No es tan feo el gris», piensa después. A esta hora, de tanto pensar, ya le gusta su uniforme. Y claro que debe gustarle, porque el gris disimula muy bien los avatares que pasa una niña un poco traviesa. Basta verla regresar del colegio, alborotada, despeinada, blusa zafada de la falda, zapatos opacos, sudorienta y, si ha corrido mucho en el recreo, un poquito pezuñenta.



Cuando tienes ocho no eres ni grande ni chiquita, sino más bien medianita. Además, estás a la mitad de la primaria y, a veces, cuando concursas con el grupo de los pequeños, por lo general ganas; otras veces te incluyen en el grupo de los grandes y por lo general pierdes. Esta vez el concurso será para todos por igual. Será un gran reto.



Reto a duelo

Están a punto de escuchar el timbre de salida y, antes que suene, la señorita Corina dice:

—Como sabrán, niñas, el día viernes será el concurso de yaxes. A insistencia de todas ustedes, que se pasan horas jugando en el recreo y en casa, la directora ha decidido que este concurso sea parte de las celebraciones por nuestro aniversario. Así que espero que en esto, por lo menos, el salón quede en algún puesto, ya que de los concursos serios, no han ganado uno solo.

«Concursos serios». No se daba cuenta de que, para las chicas, el más serio de los concursos era justamente el de yaxes, aquel donde estaba en juego la dignidad infantil.

La señorita Corina se acomoda sus lentes y, antes de despedirse de sus alumnas hasta el otro día, ya todas estaban hablando sobre el nuevo concurso.

—Mi papá me va a comprar unos yaxes fosforescentes y una pelota transparente. Son fantásticos, y con sólo verlos me darán el concurso, porque yo siempre gano por linda —dice Lorenza, sonriendo.

Lorenza era la chica más pesada que colegio, ciudad, nación y planeta haya soportado. Y Rosita tiene que hacerlo todos los días. Sus cejas andan siempre juntas, mirando a los demás de

arriba abajo, sin escuchar a nadie, sólo a ella y a sus amigas, otras pesaditas con cara de haber comido pepas de rocoto.

Eso piensa Rosita, pepas de rocoto dentro de sus caramelos, en sus sándwiches, en sus helados, para que sus lenguas se pongan tan rojas e hinchadas que se queden calladas por lo menos quince años.

—Yo tengo unos yaxes plateados que no son de acá, que suenan como no se imaginan cuando caen al suelo porque no son de acá, que son ligeros como una pluma de un ave que tampoco es de acá.

Y «taratí taratá, porque no son de acá», siempre decía Thalía cara de arpía, otra de las que no escucha a nadie.

—Pero eso no hace el juego —dijo por ahí una inocente: Azucena, la que nunca suena, porque siempre está calladita, sentadita, quietecita, asustadita.



Todas voltean a verla, y después a Rosita, y no es para menos: había algo de cierto en eso, porque si algo hacía bien Rosita era doblar su chompa de colegio, arrodillarse sobre ella, frotarse las manos para secar el sudor que ocasiona el inicio de una contienda y ¡zas!, arrojar los yaxes, lanzar la pelota al cielo y comenzar a cogerlos de a uno, de a dos, tres, cuatro, cinco, seis. Cerrar un juego, luego cerrar otros, cerrar un cajón, cerrar todos los juegos casi sin cometer errores.

Rosita quiere disimular, hacer como que está en otra cosa, pero ya no tiene escapatoria. De pronto, todas las chicas del salón, del colegio, del mundo entero, la están rodeando, y Lorenza dice:

—Rosita, ¿tienes yaxes?, porque siempre has jugado con los yaxes de otras chicas. Tú serás muy buena, pero te pregunto otra vez: ¿tienes yaxes?



Rosita, que hacía buen tiempo había acabado con sus yaxes de tanto jugar, era tan buena en eso que ya ni se había preocupado en conseguir otros, porque cualquier juego de yaxes le iba bien. Contesta:

—No.

Sonrisa malévola de Lorenza y compañía. Ya todo el salón y el colegio está advertido: nadie le prestará a Rosita yaxes para el concurso si no querían vérselas con ella.